

Dos hombres murieron; posiblemente tres. Eso es lo que se sabe. Los tabloides publicaron titulares encendidos que contaban la misteriosa mutilación y muerte de Kenneth Scott, conocido autor y ocultista de Baltimore. Más tarde capitalizaron de manera similar la desaparición de Robert Ludwig, cuya correspondencia con Scott era bien conocida en los círculos literarios. La muerte igualmente extraña y aún más espantosa de Paul Edmond, aunque separada de la escena del horror de Scott por la anchura de un continente, estaba claramente relacionada. Esto se demostró por la presencia de cierto objeto muy discutido que se encontró en las manos rígidas de Edmond, el cual tal vez causó su muerte. Si bien esta solución es improbable, es cierto que Paul Edmond murió desangrado debido a la rotura de su arteria carótida, y también es cierto que existen características del caso difíciles de explicar a la luz de la ciencia actual.

Los tabloides interpretaron a su modo gran parte del diario de Edmond, e incluso los periódicos convencionales encontraron difícil manejar ese documento inusual de una manera que no los dejara expuestos a la acusación de periodismo amarillo. El Hollywood Citizen-News resolvió el problema citando las partes menos fantásticas e insinuando que Edmond había sido un escritor de ficción, y que sus notas nunca habían tenido la intención de ser un resumen veraz de los eventos. El panfleto impreso en forma privada, Sobre la proyección del alma, que jugó un papel tan importante en el diario, parece tener un origen puramente ficticio. Ninguno de los libreros locales ha oído hablar de él, y Russell Hodgkins, el bibliófilo más conocido de California, declara que el título y el volumen deben haberse originado en la mente del infortunado Paul Edmond.

Sin embargo, según el diario de Edmond y algunos otros papeles y cartas descubiertos en su escritorio, fue este panfleto lo que hizo que Ludwig y Edmond emprendieran el desastroso experimento. Ludwig había decidido visitar a su correspondiente de California, haciendo un relajado viaje desde Nueva York por el Canal de Panamá. El Carnatic atracó el 15 de agosto y Ludwig pasó varias horas deambulando por San Pedro. Fue allí, en una mohosa tienda de cambio, donde compró Sobre la proyección del alma. Cuando el joven llegó al apartamento de Edmond en Hollywood, lo llevaba consigo.

Tanto Ludwig como Edmond estaban profundamente interesados en el ocultismo. Habían incursionado en la brujería y la demonología, como resultado de su relación con Scott, quien poseía una de las mejores bibliotecas ocultas de Estados Unidos.

Scott era un hombre extraño. Esbelto, de mirada aguda y taciturno, pasaba la mayor parte del tiempo en una vieja casa de piedra rojiza en Baltimore. Su conocimiento de

los asuntos esotéricos era poco menos que fenomenal; había leído el Ritual Chhaya, y en sus cartas a Ludwig y Edmond había insinuado el verdadero significado detrás de las indirectas y advertencias veladas en ese manuscrito medio legendario. En su gran biblioteca había nombres como Sinistral, Zancherius y el mal conocido Gougenot des Mousseau; y se rumoreaba que en la caja fuerte de su biblioteca tenía un inmenso álbum de recortes lleno de extractos copiados de fuentes tan fantásticas como el Libro de Karnak, el monstruoso Sixtystone y el blasfemo Elder Key, de los cuales solo dos copias tienen fama de existir en la tierra.

Por lo tanto, no era de extrañar que los dos estudiantes estuvieran ansiosos por rasgar el velo y ver los asombrosos misterios que Scott insinuó con tanta cautela. En su diario, Edmond confesó que su propia curiosidad fue la causa directa de la tragedia.

Sin embargo, fue Ludwig quien compró el libro y lo examinó detenidamente con Edmond en el apartamento de este último. Ciertamente, Edmond describió el panfleto con bastante claridad y, por lo tanto, es extraño que ningún bibliófilo pudiera identificarlo. Según el diario, era bastante pequeño, de unos diez por cinco pulgadas, encuadernado en papel marrón grueso, amarillento y desmoronado por la edad. La impresión, en tipografía del siglo XVIII con la s larga, se realizó de manera tosca y no había una línea de fecha ni una impresión de la editorial. Había ocho páginas; siete de ellas estaban llenas de lo que Edmond llamaba los habituales sofismas banales del misticismo, y en la última estaban las instrucciones específicas para lo que hoy en día se conoce como proyección astral.

El proceso general era familiar para ambos estudiantes. Sus investigaciones les habían informado que el alma —o, en el lenguaje oculto moderno, cuerpo astral— es un doble o fantasma etéreo, capaz de proyectarse a la distancia. Pero encontrar las instrucciones específicas para hacerlo era inusual. Tampoco parecían difíciles de seguir. Edmond fue sido deliberadamente vago sobre estas preparaciones, pero se deduce que los dos estudiantes visitaron a varios químicos antes de obtener los ingredientes necesarios. Dónde aseguraron la cannabis indica que luego se descubrió en la escena de la tragedia es un misterio, pero no, por supuesto, de solución imposible.

El 15 de agosto, Ludwig, aparentemente sin el conocimiento de Edmond, escribió a Scott por correo aéreo, describiendo el panfleto, su contenido, y pidiendo consejo.

La noche del 18 de agosto, aproximadamente media hora después de que Kenneth Scott recibió la carta de Ludwig, los dos jóvenes ocultistas emprendieron su desastroso experimento.

II

Más tarde, Edmond se culpó a sí mismo. En el diario menciona la inquietud de Ludwig,

como si este último sintiera algún peligro oculto. Ludwig sugirió posponer el experimento por unos días, pero Edmond se rio de sus temores. Terminó con los dos colocando los ingredientes requeridos en un crisol y encendiendo la mezcla.

También hubo otros preparativos, pero Edmond es bastante vago al respecto. Hace una o dos referencias furtivas a las siete lámparas y el infracolor, pero nada se puede hacer con estos términos. Los dos habían decidido intentar la proyección de sus cuerpos astrales por todo el continente; intentarían comunicarse con Kenneth Scott. Se puede detectar un matiz de vanidad juvenil en esto.

El cannabis era uno de los ingredientes de la mezcla en el crisol; que ha sido comprobado por análisis. Fue la presencia de esta droga india lo que llevó a muchos a creer que las entradas posteriores en el diario de Edmond se desarrollaron a partir de nada más tangible que las fantasías de un sueño. Edmond soñó que veía la casa de Scott en Baltimore. Pero hay que recordar que había estado mirando una fotografía de esa casa que había puesto sobre la mesa ante él; y estaba conscientemente dispuesto a ir allí. Nada es más lógico, por tanto, que Edmond simplemente soñara lo que quería soñar.

Pero Ludwig tuvo la misma visión, o, al menos, eso dijo después, a menos que Edmond, en esa entrada, mintiera. Es la opinión del profesor Perry L. Lewis, un reconocido experto en los fenómenos del sueño, que Edmond, durante su visión, habló de sus ilusiones en voz alta, sin intención consciente de hacerlo, ni ningún recuerdo posterior de ellas, y que Ludwig, como en un trance hipnótico, simplemente vio los fantasmas que las palabras de Edmond evocaban en su mente.

Edmond relata en su diario que después de observar durante unos minutos las llamas del crisol, cayó en un estado de trance somnoliento, en el que veía claramente su entorno, pero con ciertas alteraciones curiosas que sólo pueden atribuirse a la acción del droga. El fumador de marihuana puede ver que un pequeño dormitorio del vestíbulo se metamorfosea en una enorme cámara abovedada; de manera similar, Edmond declaró que la habitación en la que estaba sentado parecía agrandarse. Curiosamente, sin embargo, el crecimiento fue de un tipo anormal; gradualmente, la geometría de la habitación se volvió completamente incorrecta. Edmond enfatiza este punto sin intentar explicarlo. Cuándo este cambio se hizo notorio, no lo menciona, pero luego dice haberse encontrado en medio de una cámara que, aunque reconociblemente la suya, había cambiado hasta centrarse en cierto punto.

Las notas son casi incoherentes aquí. Obviamente, a Edmond le resultó difícil describir lo que vio en su visión. Todas las líneas y curvas de la habitación, insiste con un énfasis extraño, parecían apuntar a un lugar específico, el crisol donde ardía la mezcla de drogas y productos químicos.

Muy levemente, un zumbido persistente llegó a sus oídos, pero este disminuyó y

finalmente se desvaneció por completo. En ese momento Edmond pensó que el sonido se debía a los efectos de la droga. No fue hasta más tarde que se enteró de los frenéticos esfuerzos de Scott para comunicarse con él por medio de un teléfono de larga distancia. El sonido estridente se hizo más débil y se desvaneció en el silencio.

Edmond tenía una mentalidad experimental. Trató de desviar la mirada hacia objetos específicos que recordaba, un jarrón, una lámpara, una mesa. Pero la habitación parecía poseer una fluidez viscosa e indescriptible, de modo que descubrió que su mirada se deslizaba inevitablemente por líneas y curvas deformadas hasta que volvía a mirar el crisol. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que algo inusual goteaba en ese lugar.

La mezcla ya no ardía. En cambio, una extraña formación de cristales se estaba revolviendo dentro del crisol. Edmond encontró este objeto imposible de describir; sólo podía decir que parecía una continuación de las líneas deformadas de la habitación, llevándolas más allá del punto donde estaban centradas. Aparentemente inconsciente de la locura de tal concepto, continúa diciendo que sus ojos comenzaron a dolerle mientras miraba el objeto cristalino, pero no podía apartarlos.

El cristal lo atrajo. Sintió una succión abrupta y agonizante. Hubo un zumbido agudo en el aire, y de repente se fue a la deriva con una velocidad creciente hacia la cosa en el crisol. Lo absorbió, tal es la inexplicable frase de Edmond; sintió un momento de increíble frío, y luego una nueva visión se alzó ante él.

Niebla gris e inestabilidad. Edmond enfatizó este curioso sentimiento de flujo, que declaró que existía dentro de él. Se sentía, dice de forma extraña, como una nube de humo, vacilando y flotando sin rumbo fijo. Pero cuando miró hacia abajo vio su propio cuerpo, completamente vestido y aparentemente bastante robusto.

Ahora, una terrible sensación de inquietud comenzó a oprimir su mente. La niebla se espesó y giró; la pesadilla, el miedo sin causa familiar para el consumidor de opio lo aferró en sus manos. Algo, sintió, se estaba acercando, algo absolutamente horrible y espantoso en su poderosa amenaza. Entonces, de repente, la niebla desapareció.

Muy por debajo de él vio lo que al principio pensó que era el mar. Estaba colgando sin apoyo en el aire vacío, y un gris creciente brillaba y se arrastraba de horizonte a horizonte. La superficie de plomo fluctuante estaba salpicada y moteada de manchas oscuras y redondas que eran innumerables. Sin voluntad consciente se sintió arrastrado hacia abajo verticalmente, y al acercarse al misterioso gris lo vio con más claridad.

No pudo determinar su naturaleza. Parecía simplemente un mar de limo gris, protoplásmico y sin rasgos distintivos. Pero las manchas oscuras se volvieron reconocibles como cabezas.

En la mente de Edmond brilló el recuerdo de una narración que había leído una vez, escrita en el siglo XII por el monje Alberico, y que pretendía ser el registro de un descenso a los infiernos. Como Dante, Alberico había visto los tormentos de los condenados; los blasfemos (escribió en su latín pedante y forzado) habían sido sumergidos hasta el cuello en un lago de metal fundido. Edmond recordó ahora la descripción de Alberico. Entonces vio que las cabezas no eran las de seres parcialmente sumergidos en el lodo gris; en cambio, eran homogéneos con el gris. ¡Crecían a partir del limo!

El miedo de Edmond lo había abandonado. Con una curiosidad extrañamente indiferente, examinó la fantástica superficie de abajo. Había cabezas humanas que se balanceaban y cabeceaban desde el mar gris, incontables miles de ellas. La mayor parte no eran humanas. Algunas de estos últimos tenían rastros del antropoide, pero otras apenas eran reconocibles como objetos vivos.

Porque las cabezas vivían. Sus ojos miraban con terrible agonía; sus labios se retorcían en silenciosos lamentos; las lágrimas corrían por las mejillas hundidas. Incluso las cabezas horriblemente inhumanas —parecidas a pájaros, reptiles, cosas monstruosas de piedra viva y metal y materia vegetal— mostraban rastros del incesante tormento que las carcomía. Edmond se sintió atraído hacia la espantosa horda.

Nuevamente la oscuridad lo envolvió. Fue transitoria, pero cuando salió de la inconsciencia momentánea se sintió —dice— curiosamente cambiado. Algo le había sucedido durante ese fatídico período de oscuridad. Parecía que una vaguedad nublada le ensombrecía su mente, de modo que veía su entorno a través de una especie de bruma. En esta nueva visión parecía estar alto en el aire sobre una ciudad silenciosa, iluminada por la luna, y moviéndose rápidamente hacia abajo.

Había luna llena y, a su luz, reconoció la vieja casa de piedra rojiza hacia la que descendía. Era la casa de Kenneth Scott, familiarizada por la fotografía. Un vago estremecimiento de triunfo lo abrigó; el experimento, entonces, había tenido éxito.

La casa se alzó ante él. Estaba flotando fuera de una ventana abierta y sin luz. Al mirar dentro, reconoció la forma esbelta de Kenneth Scott sentada en un escritorio. Los labios del ocultista estaban fuertemente comprimidos, y un ceño preocupado oscurecía su rostro. Un gran libro con páginas de pergamino amarillentas estaba abierto ante el hombre, que lo estudiaba con atención. De vez en cuando, sus ojos preocupados se volvían hacia el teléfono del escritorio junto a él. Edmond intentó llamar a Scott, y este último miró hacia arriba, a través de la ventana.

Instantáneamente, un cambio impactante transformó el rostro de Scott. El hombre pareció volverse loco de miedo. Se levantó de un salto del escritorio, volcó la silla y, al

mismo tiempo, Edmond sintió que un impulso imperioso lo arrastraba hacia adelante.

Lo que sucedió después de eso es confuso. Las notas de Edmond son fragmentarias en este punto, y solo es posible deducir que estaba en la habitación y perseguía al frenético Scott de una manera inexplicable y completamente anormal. Estaba flotando, y Scott fue atrapado y envuelto, y aquí las notas de Edmond se rompen por completo, como si lo hubiera superado el recuerdo del episodio.

Entonces la misericordiosa negrura se tragó a Edmond, pero hubo una visión fulgurante más antes de que el sueño se desvaneciera. Una vez más, parecía estar fuera de la ventana de Scott, retirándose rápidamente a la noche, y a través del cuadrado abierto de resplandor amarillo se veía parte del escritorio de Scott y el cuerpo arrugado del hombre que yacía en la alfombra más allá. Edmond asumió que era el cuerpo de Scott, su cabeza estaba torcida en un ángulo imposible fuera de la vista, debajo de su torso, o de lo contrario no tenía cabeza en absoluto.

Eso puso fin al sueño. Edmond se despertó para encontrar la habitación en penumbras, y Ludwig moviéndose cerca, adormilado. Ambos estudiantes estaban distraídos y agitados. Discutieron con entusiasmo durante algún tiempo, con arrebatos ocasionales semihistóricos, y Ludwig reveló que su visión había sido idéntica a la de Edmond. Es una pena que ninguno de los dos se haya tomado la molestia de analizar la situación y buscar una explicación lógica, pero ambos, por supuesto, eran místicos y completamente crédulos.

El teléfono sonó. Una operadora impaciente preguntó si Edmond recibiría una llamada de Baltimore. Dijo que había estado llamando al apartamento durante algún tiempo sin obtener respuesta. Edmond la interrumpió abruptamente y pidió que se hiciera la conexión. Pero esto no se pudo hacer. La operadora de Baltimore informó que su equipo no respondió y, tras un inútil intercambio de preguntas, Edmond colgó. Fue entonces cuando Ludwig confesó haber escrito a Scott, lamentándose de la reticencia que le había hecho abstenerse de decirle al ocultista de Baltimore el propósito del experimento, el destino al que se dirigían en el plano astral.

Tampoco se calmaron sus temores con el descubrimiento del objeto en el crisol. Al parecer, parte de la visión al menos se había basado en la verdad; las sustancias químicas desconocidas se habían cristalizado en algo que parecía ser todo planos y ángulos. Estaba formado por una sustancia frágil que se asemejaba al vidrio esmerilado, era aproximadamente piramidal y medía unos quince centímetros desde el vértice hasta la base. Ludwig quería romperlo de inmediato, pero Edmond se lo impidió.

Sus discusiones terminaron con la llegada de un telegrama de Scott. Decía:

NO INTENTE EXPERIMENTOS CON EL PANFLETO QUE MENCIONA. ES

TREMENDAMENTE PELIGROSO Y PUEDE SIGNIFICAR MI MUERTE. LE ENVÍO INFORMACIÓN POR CORREO AÉREO. HOY. DETALLES COMPLETOS. QUEME EL PANFLETO. KENNETH SCOTT.

III

Aquí había dos comunicaciones más que resultaron en la estadía temporal de Paul Edmond en un hospital de Hollywood. La primera fue un artículo que apareció a tiempo para la edición matutina del Los Angeles Times del 20 de agosto. Declaraba brevemente que Kenneth Scott, conocido autor y ocultista, residente en Baltimore, Maryland, había sido misteriosamente asesinado. No había pistas que indicaran la identidad del agresor, y el cuerpo no había sido descubierto hasta la tarde del día 19. El hecho de que la cabeza de la víctima hubiera sido separada de su cuerpo y estuviera inexplicablemente desaparecida hizo que la identificación fuera dudosa al principio, pero el médico de Scott confirmó la suposición lógica: una cantidad de limo grisáceo manchado en la alfombra agregó otro elemento de misterio al caso. La cabeza de Scott, declaró el forense, había sido cortada limpiamente de su cuerpo con una cuchilla afilada. La policía declaró que se haría un arresto en breve.

No hace falta decir que ese arresto nunca se realizó. Los tabloides se apoderaron del jugoso bocado y lo aprovecharon. Un periodista emprendedor descubrió el hecho de que Scott había enviado una carta por vía aérea desde la oficina de correos de Baltimore Central poco antes de la hora en que se había fijado su muerte. Esta comunicación fue la causa directa del colapso nervioso de Edmond y su retiro al hospital.

La carta fue encontrada en el apartamento de Edmond, pero arroja poca luz sobre el caso. Scott fue un visionario y su carta tiene un parecido casi sospechoso con su obra de ficción.

—Ambos saben —decía parte de la larga carta— cuánta verdad se puede encontrar a menudo detrás de las leyendas antiguas y el folclore. El cíclope ya no es un mito, como cualquier médico familiarizado con los nacimientos monstruosos puede decirle. Y ya sabes cómo mis teorías sobre el Elixir Vitse han sido confirmadas por el descubrimiento del agua pesada. Bueno, el mito de la Hidra se basa en tal verdad.

»Hay innumerables historias de monstruos de múltiples cabezas, todas surgidas de la entidad real cuya existencia muy pocos han conocido a través de los siglos. Esta criatura no se originó en la tierra, sino en los golfos del Exterior. Fue, en cierto modo, una entidad vampírica, que no vive de la sangre de sus víctimas sino de sus cabezas, sus cerebros. Esto puede sonar extraño para ti, pero ya sabes que hay seres Afuera cuyas necesidades no son como las nuestras. Durante eones esta entidad ha rabiado en el abismo más allá de nuestra dimensión, enviando su llamado para reclamar víctimas donde pueda. Porque esta entidad, al absorber las cabezas y cerebros de

criaturas inteligentes, tanto de este mundo como de otros planetas, emerge con sus poderes y vitalidad aumentadas.

»Ambos saben que a lo largo de los siglos ha habido ciertas personas dispuestas a adorar a los Primigenios, incluso a los malvados alienígenas que han llegado a nosotros en el folclore como demonios. Cada dios y cada entidad ha tenido sus adoradores, desde Pharol el Negro al más pequeño de los alienígenas cuyos poderes son poco más que humanos. Y estos cultos se entremezclan de una manera muy curiosa, de modo que encontramos sus rastros en tiempos mucho más tardíos. Cuando los romanos adoraban a la Magna Mater en los bosques oscuros de Italia, por ejemplo, ¿por qué supone que incorporaron a su ritual la adoración mística, Gorgo, Mormo, luna de mil caras? La implicación es clara.

»He entrado en muchos detalles, pero ha sido necesario prepararlos para mi explicación del origen de ese panfleto que Robert encontró en San Pedro. Sabía de su existencia, que se imprimió en Salem en 1783, pero había pensado que ya no existían copias. Ese panfleto es una trampa, y una de las más condenables, ¡creada por los adoradores de la Hydra para atraer a las víctimas a las fauces de su dios!

»Pretende ser simplemente un experimento inocente con el cuerpo astral. Sin embargo, el verdadero propósito es abrir una puerta y preparar un sacrificio para la Hydra. Cuando los panfletos se distribuyeron por primera vez, a través de canales subterráneos secretos, se produjo una epidemia de muertes en Nueva Inglaterra. Decenas de hombres y mujeres fueron encontrados sin cabeza, sin rastro de ningún asesino humano. Sin embargo, los verdaderos asesinos fueron los que realizaron el experimento de acuerdo con las instrucciones dadas en el panfleto, sin saberlo dejando que la Hydra use sus fuerzas vitales para materializarse en este planeta.

»Hablando sin rodeos, lo que sucede es esto: el sujeto, siguiendo las instrucciones, inhala los vapores de la droga que rasga el velo entre nuestro mundo y el Exterior. Se concentra en la persona a quien desea que su cuerpo astral visite, y esa persona es la causa por la que el experimentador es atraído hacia afuera, hacia otra dimensión del espacio, y a través de cierto proceso psíquico y químico se convierte temporalmente en uno con la Hydra. Lo que equivale a esto: la Hydra, usando el cuerpo astral del experimentador como anfitrión, llega a la tierra y toma su presa, que es la persona sobre la que el sujeto se ha estado concentrando. No hay peligro real para el experimentador mismo, excepto, tal vez, por un posible shock nervioso severo. Pero el otro, la víctima, es tomado por la Hydra. Está condenado al tormento eterno, excepto en ciertos casos inusuales en los que puede mantener un vínculo psíquico con una mente terrenal. Pero no necesito hablar de eso.

»Estoy muy preocupado. He hecho una llamada de larga distancia al apartamento de Edmond, y sin duda tendrá noticias mías esta noche mucho antes de que llegue esta carta. Si es lo suficientemente imprudente para emprender el experimento antes de

que pueda comunicarme con usted, estaré en grave peligro, ya que puede intentar proyectar su astral a Baltimore, a mí. Después de haber enviado esta carta, y mientras espero que se realice mi llamada telefónica, haré todo lo posible para encontrar una fórmula protectora, aunque no creo que exista ninguna.

Kenneth Scott.

Fue esta carta la que envió a Edmond, que tardó unos días en recuperarse de su estado nervioso. Ludwig aparentemente era de una constitución más fuerte; se quedó, a petición de Edmond, en el apartamento de este último, y se permitió experimentar por su cuenta.

Lo que sucedió en el apartamento de Edmond durante los próximos días nunca se sabrá por completo. Ludwig visitó a su anfitrión a diario en el hospital y le contó sus experimentos, y Edmond anotó lo que recordaba en tiras de papel que posteriormente insertó entre las páginas de su diario. Uno se inclina a creer que la mezcla anómala de drogas en el crisol continuó ejerciendo su influencia en las mentes de los dos estudiantes, porque ciertamente las experiencias de Ludwig, tal como las registró Edmond, parecen una continuación del sueño original del hachís.

Ludwig había quemado el panfleto, como era de esperar. Y luego, la noche siguiente al traslado de Edmond al hospital, sostuvo el otro joven, había escuchado a Scott hablando con él.

Edmond no se burló, porque era sumamente crédulo. Escuchó con atención mientras Ludwig declaraba que el ocultista seguía vivo, aunque existía en otra dimensión del espacio. La Hydra había capturado a Scott, pero el ocultista tenía el poder de comunicarse con Ludwig. Es necesario tener presente constantemente el hecho de que ninguno de estos dos jóvenes era del todo normal después de la agitación mental que habían sufrido.

Así que Ludwig añadía más y más cada día a su historia, y Edmond escuchaba. Hablaban furtivamente, en susurros, y Edmond vigilaba atentamente sus notas para que no cayeran en manos escépticas. El quid de la cuestión, dijo Ludwig, era el extraño objeto cristalino que se había formado en el crisol. Fue esto lo que mantuvo abierto el camino hacia el Exterior. Se podía atravesarlo si se deseaba, a pesar de que no era tan grande como la cabeza de un hombre, porque el cristal creaba una deformación en el espacio, un término que Edmond menciona varias veces, pero que omite explicar. La Hydra, sin embargo, no podría regresar a la tierra a menos que se duplicaran las condiciones originales.

Ludwig dijo que había escuchado la voz de Scott susurrando débilmente desde la cosa cristalina de planos y ángulos locos, y el ocultista estaba en una agonía horrible e insistía en que Ludwig lo rescatara. No sería difícil, siempre que el estudiante siguiera

las instrucciones implícitamente. Había peligros, pero debía tener valor, obedecer y esforzarse por reparar el daño que había causado. Solo así Scott podría liberarse de una agonía sin fin y regresar a la tierra.

Entonces, Ludwig le dijo a Edmond, atravesó el cristal —¡nuevamente esta frase vaga y extraordinaria!— tomando esas cosas que Scott había dicho que necesitaría. La principal de ellas era un cuchillo de trincar con mango de hueso. Había otros objetos, algunos de ellos difíciles de conseguir, que Ludwig no especificó, o, si lo hizo, Edmond no mencionó en sus notas.

Según la narración de Ludwig, atravesó el cristal y encontró a Scott. Pero no en el primer intento. Hubo noches de torpe progreso a través de fantásticas y terribles visiones de pesadilla, guiadas siempre por el insistente susurro de la voz de Scott. Había puertas y extrañas dimensiones que atravesar. Y así Ludwig se movió a través de espantosos abismos de pulsante y terrible oscuridad; atravesó un lugar de curiosa luz violeta que enviaba pulsos y tintineos, trinos malignos de risa diabólica tras él; atravesó una ciudad desierta, ciclópea, de piedra de ébano, que reconoció temblorosamente como el legendario Dis. Al final encontró a Scott.

Hizo lo que tenía que hacer.

Cuando llegó al hospital al día siguiente, Edmond se sorprendió por la palidez de su amigo y las pequeñas luces de locura que brillaban en sus ojos. Las pupilas estaban dilatadas de forma antinatural, y Ludwig habló ese día en susurros inconexos que Edmond encontró difícil de seguir. Las notas son difíciles en este punto. Solo está claro que Ludwig declaró que había liberado a Scott de las garras de la Hidra, y que una y otra vez el joven seguía murmurando algo sobre el terrible limo gris que había manchado la hoja de su cuchillo. También dijo que su tarea aún no había terminado.

Sin duda, fue la mente envenenada por las drogas de Robert Ludwig quien habló cuando contó cómo había dejado a Scott, o al menos su parte viva, en un plano del espacio que no era enemigo de la vida humana y que no estaba completamente sujeto a leyes y procesos naturales. Scott quería volver a la tierra. Podía regresar ahora, le dijo Ludwig a Edmond, pero la extraña vitalidad que mantenía con vida lo que quedaba de Scott se disiparía inmediatamente en la tierra. Solo en ciertos planos y dimensiones era posible que Scott existiera, y la fuerza alienígena que lo mantenía con vida estaba desapareciendo gradualmente ahora que ya no obtenía sustento de la Hidra. Ludwig dijo que era necesaria una acción rápida.

Había un cierto lugar en el Exterior donde Scott podía lograr su deseo. Allí, el pensamiento estaba oscuramente ligado a la energía y la materia, debido a una conexión, dijo Ludwig, que se filtraba eternamente desde más allá de un velo de colores parpadeantes. Estaba muy cerca del Centro, el Centro del Caos, donde habita Azathoth, el Señor de Todas las Cosas. Todo lo que existe fue creado por los

pensamientos de Azathoth, y solo en el Centro del Caos Definitivo pudo Scott encontrar los medios para vivir de nuevo en la tierra con forma humana. Hay un borrado en las notas de Edmond en este punto, y sólo es posible distinguir el fragmento: ...del pensamiento hecho real.

Ludwig, con el rostro pálido y las mejillas hundidas, dijo que debía completar su tarea. Debía llevar a Scott al Centro, aunque confesó un miedo horrible que le hizo vacilar. Había peligros en el camino y trampas en las que uno podía caer fácilmente. Lo peor de todo es que el velo que protegía a Azathoth era delgado, e incluso el más mínimo destello del Señor de Todas las Cosas significaría una destrucción total y completa para el espectador. Scott había hablado de eso, dijo Ludwig, y también había mencionado el terrible señuelo que arrastraría los ojos del joven estudiante al punto fatal a menos que luchara fuertemente contra él.

Mordiéndose los labios con nerviosismo, Robert Ludwig salió del hospital. Asumimos que algo le sucedió, porque Edmond nunca volvió a ver a su amigo en la tierra.

IV

La policía seguía buscando la cabeza desaparecida de Kenneth Scott. Edmond lo leyó en los periódicos. Esperó con impaciencia al día siguiente a que apareciera Ludwig, y después de que pasaran varias horas sin resultado, llamó a su apartamento y no obtuvo respuesta. Al final, preocupado y casi enfermo de ansiedad, pasó diez minutos turbulentos con su médico y otro con el superintendente. Finalmente logró su propósito y se dirigió en taxi a su apartamento, habiendo anulado la objeción de los funcionarios del hospital.

Ludwig se había ido. Había desaparecido sin dejar rastro. Edmond consideró llamar a la policía, pero rápidamente descartó la idea. Caminaba nerviosamente por el apartamento, rara vez apartando la mirada del objeto cristalino que todavía descansaba en el crisol.

Su diario da pocas pistas sobre lo que sucedió esa noche. Se puede conjeturar que preparó otra dosis del narcótico, o que los efectos tóxicos de los vapores que Edmond inhaló varios días antes finalmente habían producido tal desintegración dentro de su cerebro que ya no podía distinguir entre lo falso y lo real. Una entrada en el diario con fecha de la mañana siguiente comienza abruptamente:

Lo escuché. Tal como dijo Bob, habló a través de la cosa de cristal. Está desesperado y me dice que Bob falló. No llevó a Scott al Centro. Algo, no estoy seguro de qué, atrapó a Bob, que Dios lo ayude. Que Dios nos ayude a todos. Scott dice que debo comenzar donde Bob lo dejó y terminar el trabajo«.

Hay un alma desnuda en las últimas páginas de ese registro, y no es una vista

agradable. De alguna manera, el más espantoso de los horrores sobrenaturales que describe el diario no parece tan espantoso como el último conflicto que tuvo lugar en ese apartamento de Hollywood, cuando un hombre luchó con su miedo y se dio cuenta de su debilidad. Probablemente sea mejor que el panfleto haya sido destruido, porque una droga tan devastadora como la que se describe en él seguramente se originó en algún infierno tan terrible como cualquiera de los que retrata Edmond. Las últimas páginas del diario muestran una mente que se desmorona.

»Cruce el portal. Bob me lo ha hecho más fácil; puedo comenzar donde lo dejó, como dice Scott. Ascendí a través de la Llama Fría y los Vórtices hasta que llegué al lugar donde estaba Scott. Lo recogí y lo llevé a través del espacio. Bob no mencionó la succión contra la que uno tiene que luchar constantemente.

La siguiente entrada está fechada un día después. Es apenas legible.

»No pude soportarlo. Tuve que salir. Caminé por Griffith Park durante horas. Luego regresé al apartamento y casi de inmediato Scott me habló. Tengo miedo. Creo que él lo siente, y también está asustado... y enojado.

»Dice que no podemos perder más tiempo. Su vitalidad casi se ha ido, y tiene que llegar rápido al Centro y volver a la tierra. Vi a Bob. Solo un vistazo, y no hubiera sabido que era él si Scott no me lo hubiera dicho. Estaba horrible de alguna manera. Scott dijo que los átomos de su cuerpo se habían adaptado a otra dimensión cuando se dejó atrapar. Tengo que tener cuidado. Estamos casi en el centro.«

La última entrada.

»Una vez más lo haré. Dios, tengo miedo, mucho miedo. Escuché el sonido. Convirtió mi cerebro en hielo. Scott me estaba gritando, instándome, y creo que tratando de ahogar ese otro sonido, Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Había un tenue resplandor violeta en la distancia y un parpadeo de luces de colores. Más allá, dijo Scott, estaba Azathoth.

»No puedo hacerlo. No me atrevo, no con esas Formas que vi moviéndose hacia abajo. Si miro en esa dirección cuando estoy en el Velo, significará... pero Scott está locamente enojado. Dice que yo fui la causa de todo. Tuve un impulso casi incontrolable de dejar que la succión me llevara hacia atrás, y luego romper el Portal, la cosa de cristal. Le dije a Scott que si me dejaba volver a la tierra por un respiro más, terminaría el trabajo la próxima vez. Él estuvo de acuerdo, pero dijo que me diera prisa. Su vitalidad se iba rápido. Dijo que si no pasaba por el Portal en diez minutos, él vendría por mí. Pero no lo hará. La vida que lo mantiene en el Exterior no sería de ninguna utilidad en la tierra, excepto por un segundo o dos.

»Mis diez minutos terminaron. Scott está llamando desde el Portal. ¡No iré! No puedo

enfrentarlo, con esas cosas moviéndose detrás del Velo y esos horribles silbidos gritando.

»¡No iré, te lo digo! No, Scott . No puedes salir. Morirás. ¡Te digo que no iré! Tú no puedes forzarme... ¡Romperé el Portal primero!... ¿Qué? ¡No! No, no puedes... ¡no puedes hacerlo!... ¡Scott! No, no... ¡No! . Dios, está saliendo.«

Esa fue la última entrada en el diario, que la policía encontró abierto sobre el escritorio de Edmond. Un grito espantoso y, posteriormente, un chorro de líquido rojo que se filtraba lentamente por debajo de la puerta del apartamento de Edmond habían provocado la llegada de dos agentes.

El cuerpo de Paul Edmond fue encontrado cerca de la puerta, con la cabeza y los hombros en un charco carmesí.

Cerca había un crisol de latón volcado y una sustancia blanca y escamosa, de naturaleza granular, estaba esparcida sobre la alfombra. Los dedos rígidos de Edmond todavía agarraban con fuerza el objeto que desde entonces ha sido motivo de tanta discusión.

Este objeto se encontraba en un increíble estado de conservación, dada su naturaleza. Parte de ella estaba cubierta con un peculiar limo grisáceo, y sus mandíbulas estaban apretadas con fuerza, los dientes habían destrozado horriblemente la garganta de Edmond y cortado la arteria carótida.

No había necesidad de seguir buscando la cabeza perdida de Kenneth Scott.